

» en lugar de hacerlo venerable y majestuoso. Cercenando » todas estas vanidades se aumentarán en realidad el poder, » reputacion y hacienda pública, que son el nervio de un go- » bierno; y lo que es mas, atraerán estas medidas sobre los » papas el socorro divino que han de esperar cuantos cumplen » con su deber. » La muerte no permitió á Marcelo II poner en planta sus generosos proyectos. Un ataque de apoplejía lo arrebató, despues de solos veintiun dias de pontificado. Sus contemporáneos le aplicaron aquella expresion de Virgilio: *El destino solo quiso enseñarlo á la tierra.*

§ III. PONTIFICADO DE PAULO IV (23 de mayo de 1555-18 de agosto de 1559).

15. Un pontificado tan corto como el de Marcelo II no parecia haber debido influir en los negocios de la Iglesia; sin embargo no fué así, y tuvo por importante resultado dar á la política de la corte romana una direccion que dominó en el conclave. El cardenal Caraffa, primer general de los Teatinos, fundados por san Cayetano de Tiana, fué elegido papa el 23 de mayo de 1555, y tomó el nombre de Paulo IV. Tenia ya cerca de ochenta y nueve años, pero nada habia perdido en celo y vigor. Era uno de los preconizadores mas ardientes de la reforma, y su carácter reunia todas las cualidades que dan á un hombre el derecho y poder de mandar. Dotado de una naturaleza ardiente y de una voluntad firme, juntaba á estas cualidades la de una conviccion profunda. Nacido en el siglo xv, en que tanto habia brillado la libertad política de Italia, pensaba ante todo dar á esta comarca su antiguo lustre. « La Italia del siglo pasado es un instrumento de cuatro cuerdas perfectamente templadas: Nápoles, Milan, Venecia y los » Estados eclesiásticos. » Poseido de esta idea, Paulo IV veia con dolor la dominacion española que habia destruido esta armonía: se decidió pues á combatir con todo su poder esta influencia extranjera.

16. La abdicacion de Carlos Quinto dejaba, como llevamos dicho, á Fernando I la corona imperial, y á Felipe II sus

Estados hereditarios; á saber: España, Países Bajos, Flandes, Borgoña, Nápoles, el Milanesado, el Nuevo Mundo: y por su casamiento con María Tudor era á la sazón tambien rey de Inglaterra. Fernando I tomó el título é insignias imperiales sin pedir anticipadamente el consentimiento de la Santa Sede. Esta conducta inauguraba toda una revolucion. Se habia restablecido por el papa san Leon III el imperio de Occidente en la persona de Carlomagno. El titular por origen de su institucion era esencialmente defensor armado de la Iglesia romana. El papa habia de tener naturalmente parte principal en su eleccion, ora haciéndola por sí mismo, ora aprobando la de los electores. Estos eran siete de muchos siglos habia, y segun las antiguas constituciones del imperio, constituciones comunes á todas naciones cristianas, debian de ser católicos y en comunión con el sucesor de san Pedro. Ahora bien, Carlos Quinto habia abdicado el imperio, pero su abdicacion no habia sido ratificada, como debia de haberlo sido, por el papa: el imperio no estaba pues canónicamente vacante, y Fernando no podia poseerlo. La abdicacion de Carlos Quinto y la aceptacion de su hermano habian sido ratificadas por los siete electores, pero esta ratificacion no dispensaba del consentimiento de la Santa Sede. Por otra parte, tres de los siete electores eran herejes, y segun la antigua constitucion del Sacro Imperio eran considerados como privados de sus tronos. Así es que cuando el embajador de Fernando I se presentó ante Paulo IV para notificarle el advenimiento de su amo al trono imperial, el papa, con parecer de los cardenales, respondió en el sentido que acabamos de exponer. « Para obviar todo conveniente, » añadió el papa, el mejor medio seria que Fernando desfriesse á » la Santa Sede, la cual con su autoridad supliria los defectos » ocurridos en la eleccion, etc. » Se entablaron negociaciones en este sentido; pero Fernando acabó por retirar su embajador, resuelto á pasarse sin la autorizacion del papa. Sus sucesores han imitado esta conducta; y desde esta época solo queda del *Sacro Imperio* el nombre: no habiendo realmente en Alemania sino un emperador secular.

17. No fueron mas felices las negociaciones de Paulo IV con Felipe II, como heredero de las posesiones italianas de Carlos Quinto. El papa supo distinguir entre Felipe II, rey de España, Nápoles y Milan, y Felipe II, esposo de la reina de Inglaterra. Carlos Quinto, Felipe II y Fernando I se habian opuesto á la eleccion del papa Paulo IV, cuyas opiniones políticas conocian. « Si Dios quiere que yo sea soberano pontífice, decia el » anciano cardenal, no podrá el emperador impedir mi eleccion; y me seria de tanto mas agrado, si así se realizara, » cuanto solo tendria que estar obligado á Dios. » Apenas subido al trono de san Pedro, el nuevo papa recibió una diputacion inglesa, compuesta de un obispo y dos señores, que venian en nombre del rey Felipe II y de la reina María á hacer acto de sumision al romano pontífice, y además estaban encargados de pedir en nombre de sus soberanos la ereccion de Irlanda en reino. Paulo IV otorgó gustosísimo esta peticion, y por una bula del 7 de junio de 1555 reconoció oficialmente el título de reyes de Irlanda que deseaban tomar Felipe y María. Los embajadores fueron recibidos luego á la audiencia del papa, y en nombre de la nacion le reconocieron como cabeza de la Iglesia universal; le presentaron una copia de la acta legislativa que reconocia su autoridad, y le suplicaron ratificase la absolucion dada por el legado, y confirmase los obispados erigidos durante el cisma. Paulo IV accedió á todas estas súplicas.

18. A pesar de estas marcas de afecto al esposo de la reina de Inglaterra, en nada habia modificado sus disposiciones á *sustraer la Italia de la influencia española*. Mas para esto tenia necesidad del apoyo de la Francia. Esperaba pues Paulo IV, con ayuda de esta nacion tan amada siempre de la Santa Sede, recobrar la independencia italiana. « Si por esta causa sagrada, » decia el papa, no sois escuchado ni socorrido, la posteridad » dirá, al menos, que un viejo italiano á las puertas de la » muerte, en lugar de reposarse y prepararse en paz para morir, concibió solo estos elevados planes que debian devolver » á su patria su existencia y nacionalidad propia. » En el intervalo de la abdicacion de Carlos Quinto, se concluyó en 5 de

febrero de 1556 la tregua de Vauxelles entre la España y Francia, lo que dió algun reposo á ambos pueblos cansados de guerra; pero esta tregua, dictada mas bien por la necesidad que por el deseo de la paz, fué rota casi tan pronto como firmada. Enrique II, impelido por los Guisas, cuya influencia era entonces todopoderosa, quebrantó la tregua. Paulo IV concluyó con el rey de Francia una liga ofensiva y defensiva contra Felipe II en 15 de diciembre de 1556. Para ponerse en estado de comenzar las hostilidades, el papa vió la necesidad de llamar cerca de su persona á los hombres mas enérgicos. Su familia toda tenia su misma animosidad contra la dominacion española, y como estaba seguro de su concurso, naturalmente buscó apoyos en esta. Este pensamiento le cegó respecto de sus sobrinos y le hizo caer en una falta que mas tarde deploró amargamente. Nombró cardenal á su sobrino Carlos Caraffa, de animosidad conocida contra los Españoles. Mas por desgracia tenia mas bien las cualidades de un soldado que de un cardenal. Paulo IV cometió una falta grave fiándole la direccion de los negocios políticos, y permitiéndole ejerciese sobrada influencia en las cuestiones religiosas. Los otros sobrinos del papa, viendo por qué sendero podian ascender, se apresuraron á pregonar el mismo odio contra la dominacion española: y obtuvieron cargos importantes y dignidades elevadas. El primogénito fué duque de Palliano, el segundo, marqués de Montebello, con deseos todos de ocupar los mas altos destinos. Y así, Paulo IV, á quien tanto preocupaban las ideas de reforma, favorecia indirectamente uno de sus abusos, el nepotismo. Mas reparó luego estas faltas, y fué ocasion de humillarse ante Dios y los hombres con un valor heróico y meritorio.

19. En esto ya habian comenzado las hostilidades en Italia. El duque de Guisa acudió contra el Milanésado, con un ejército formidable; pero embarazado por intrigas de corte, manchó su reputacion con una campaña infructuosa, y se vió obligado á regresar á Francia sin haber hecho nada en favor del papa, su aliado. Felipe II y Maria habian dirigido á los Países

Bajos fuerzas imponentes, bajo las órdenes de Filiberto Manuel, duque de Saboya, gran general y enemigo mortal de Enrique II, que se había apoderado de sus Estados. A pesar de los heroicos esfuerzos del condestable de Montmorency, del príncipe de Condé y del almirante Coligny, Manuel les ganó á los Franceses la sangrienta victoria de San Quintín el 18 de agosto de 1557, comparable, por sus resultados tan funestos, con las de Crecy, Poitiers y Azincourt. Quedaba abierto el camino de la capital. « ¿Está mi hijo en París? » preguntó Carlos Quinto al saber la derrota de los Franceses, en su retiro de San Yuste. Pero Felipe II no tenía el ingenio de su padre; y no supo aprovecharse de una victoria que hubiera puesto á toda la Francia en poder de Carlos Quinto. Y en efecto sus generales le aconsejaban marchar inmediatamente sobre París: « No, no, res- » pondió Felipe II, no conviene jamás poner á su enemigo en » la desesperacion. » En tanto que perdía tiempo en someter las principales fortalezas de la Picardía, Enrique II estaba organizando un ejército formidable, cuyo mando tomó el duque de Guisa de vuelta de Italia.

20. Su salida había dejado á Paulo IV abandonado á sus propios recursos con el duque de Alba al frente, esto es, con el mayor capitán que vió nacer la España, tan fecunda entonces en guerreros, después de Gonzalo de Córdoba. Era entonces el duque virey de Nápoles. Sus tropas se pusieron en marcha y muy en breve amenazaban á Roma. El ejército pontifical se componía de Romanos poco diestros en el arte de la guerra. Hubo que recurrir á otros defensores más temibles al enemigo. Paulo IV tomó á su sueldo las bandas indisciplinadas de Pedro Strozzi, célebre guerrillero italiano. Los dos ejércitos enemigos presentaban entonces singular espectáculo y contraste. El duque de Alba era un católico fervoroso, é imponía á sus soldados grandísima reserva en el ataque y profundo respeto por la Santa Sede (1). Al contrario las tropas de Strozzi, reclutadas, en

(1) Por orden de Felipe II se hacían rogativas en todos sus dominios por el papa; para que en medio de la guerra que tenía que hacer contra él, como príncipe temporal, en nada se menoscabase su respeto, derechos y autoridad. (El Traductor.)

gran parte, de Alemanes, casi todos luteranos, se entregaban á todos los excesos de la guerra, sin freno ni remordimiento. La situación del papa estaba llena de peligros; mas afortunadamente la lucha tenía que decidirse en otro punto. El duque de Guisa había sido declarado lugarteniente general del reino por Enrique II, é iba á combatir por la nacionalidad de su patria, y no desmintió las esperanzas que se tenían de sus talentos. En el corazón del invierno fué á sentar sus reales en frente de los reales de los Españoles é Ingleses en el fondo de la Picardía. Con una marcha sabia y bien combinada logró engañar al enemigo sobre sus proyectos verdaderos, y fué á caer de improviso sobre Calais, á donde ni se soñaba podría ir. Esta plaza estaba en poder de los Ingleses, y desde hacia doscientos diez años entregaba á la Francia á sus enemigos. Después del desastre de Crecy, Eduardo III no la había tomado sino después de once meses de sitio: y en diez días la tomó por asalto el duque de Guisa, el 10 de enero de 1558. Guines, Ham, Catelet y otras plazas sucumbieron á su vez, y la dominación inglesa desapareció enteramente del suelo francés. María, reina de Inglaterra, se afectó tanto por estas pérdidas que murió de pena el 17 de noviembre de 1558. « No han conocido mi mal, » decía en sus últimos días; si se quiere saber, que abran mi » corazón y hallarán en él el nombre de Calais. » En la primavera del año siguiente, el duque de Guisa pareció sobrepujarse á sí mismo con la toma de Thionville, la plaza más fuerte de los Españoles. Por otro lado, el mariscal de Brissac, en el Piamonte, sostuvo con un puñado de hombres el honor de las armas francesas y operó una diversion favorable á Paulo IV, forzando al duque de Alba á venir á oponérsele. Sin embargo los dos monarcas deseaban igualmente la paz: Felipe II porque no quería guerras; Enrique II, porque tenía que poner remedio á los males de la Francia y que combatir la invasión del calvinismo en sus Estados. El condestable de Montmorency quedó encargado de entablar con el rey de España negociaciones que en el 2 de abril de 1559 dieron por resultado la paz de Cateau-Cambresis. Se la llamó la *malaventurada paz*, porque

Enrique II devolvía ciento ochenta y nueve plazas fuertes, conquistadas tanto en Italia como en los Países Bajos; pero no se ha notado que por la conservación de los Tres Obispados (Metz, Toul y Verdun) la Francia recobraba sus límites naturales, primera seguridad de los Estados.

21. Las condiciones que la paz de Cateau-Cambresis presentaban al papa eran más honrosas de lo que se esperaba. Fué convenido « que el duque de Alba iría á Roma para tributar á Paulo IV sus homenajes en nombre del rey católico. El soberano pontífice recibiría al rey católico en su amistad, y renunciaría á la alianza francesa. Felipe II devolvería al papa todas las fortalezas tomadas durante la guerra en los Estados romanos. Se arrasarian las fortificaciones: todos los bienes de cualquier género y condición, quitados al papa durante el curso de las operaciones militares, le serían devueltos igualmente. Un perdón recíproco garantizaría la seguridad de cuantos hubieren tomado las armas por uno ú otro partido. » Ratificados todos estos artículos, el duque de Alba fué en efecto á Roma é hizo á Paulo IV las sumisiones convenientes. El éxito de la guerra, relativamente favorable al sumo pontífice, echaba por tierra sus más tiernas esperanzas. La dominación de los Españoles en Nápoles y Milan quedaba cimentada en bases más sólidas que nunca. Felipe II gozaba de la preponderancia que Carlos Quinto había ganado. Los enemigos personales del papa, los Colonnas y los Esforcias, volvían á tomar su brillante posición; y bajo de este respecto el descabro era completo. Pero los hombres enérgicos no cejan nunca ante una situación dificultosa: ó sucumben bajo el peso de los acontecimientos, ó bien los aceptan, los dominan y dirigen á otros puntos sus grandes capacidades. Así fué de Paulo IV: aceptó animosamente su derrota y no pensó ya más que en llenar la segunda parte de su obra: la reforma de la Iglesia.

22. En cierto consistorio, pronunció un día estas palabras: ¡Reforma! Reforma! Uno de los cardenales le respondió: « Muy santamente dicho; mas es necesario que la reforma principie por nosotros. » Paulo IV conoció que estas pala-

bras aludían á los desórdenes de sus sobrinos, de quienes comenzaba á quejarse altamente el pueblo romano. El soberano pontífice no vaciló un momento: mandó hacer una sumaria secreta que le reveló toda la verdad. Llevando en su mano las piezas convincentes de tan triste proceso, juntó consistorio extraordinario, descubrió esta desgracia de su familia y mandó, por decreto, que sus sobrinos, con sus esposas, hijos y servidumbre salieran de Roma en el término de doce días. Les despojó de sus dignidades y del poder de que tanto habían abusado. El cardenal Caraffa fué desterrado á Civita-Lavinia. Juan Caraffa, duque de Palliano, general del Estado pontifical, prefecto de las galeras, perdió estos dos empleos eminentes y fué desterrado á Gallesa. Antonio Caraffa, marqués de Montebello, se vió obligado á retirarse á su marquesado, en la Romania. Los tres serían juzgados como reos de *lesa majestad*, si llegasen á salirse del lugar de su destierro. Querían algunos cardenales excusar á los delincuentes, mas el papa prohibió que en adelante nadie osase pronunciar sus nombres en su presencia. Cuando acabó de dar este golpe de Estado, y cuando ya habían salido de Roma los tres desterrados, Paulo IV exclamó: « Ya podemos decir, ya debemos decir: de nuestro pontificado año I.º. » — « Papa para siempre jamás ilustre, dice el protestante Ranke, supo decidirse á hacer violencia á su corazón, y sacrificar á los deberes de su pontificado su amor tan entrañable por sus parientes. »

23. Desde este momento, su único pensamiento fué la reforma de la Iglesia, y no pasó un día sin trabajar en ello. Le faltaba tiempo para volver á continuar el concilio Tridentino, cuya convocación habían impedido las guerras que llenaron todo su pontificado. Pero si no pudo reunirlos, preparó al menos, con sabios reglamentos, los principales decretos de reforma que más tarde publicó el concilio: nada se ocultaba á su vigilancia-administración de los negocios temporales, disciplina eclesiástica, órdenes regulares, costumbres públicas y privadas. Para llegar al resultado que se proponía, desplegó tal energía y severidad que le valieron enemistades honrosas: